

MEMORIAS DE ANTONIO DE CASTRO

Primera época

I

Nací en Palmera, un pueblecito castellano rodeado de umbrías y de misticismo evocador, una de tantas aldeas esparcidas por las sierras céntricas, que viven del recuerdo y de las migajas de sol que a veces acaricia sus cabezas, o circunda los alrededores nevados de un reparador brillo: fulgor de oro, vellocino de esperanza...

Una tarde, dulce y serena, yo iba de paseo en compañía de mi madre; tenía ocho años, y los primeros albores de la vida se asomaban a mi cerebro entre densos nubarrones oscuros; ya se mezclaban en mi almita de niño la ingenuidad y la pueril crítica que yo hacía de las acciones de los hombres; se diría que me formaba una idea de todo lo existente, faltando sólo el pecaminoso hemisferio de las maldades y los vicios; éstos no hallaban lugar en la esfera ideal donde yo consideraba asentado el mundo perfecto, sin turbulencias, engaños, luchas, odios ni execraciones. Y me engañaba, sí, me engañaba; la vida —¡pobre de aquel a quien tiene que demostrar algo!— se encargó de decírmelo a los pocos años, cuando mi inteligencia adquirió un desarrollo envidiable y la felicidad se iba adueñando por completo de mi espíritu.

Yo gozaba; cogido de la mano de mi madre caminaba orgulloso entre las verdes plantaciones que adornaban el paseo; pero mi madre iba triste, hablaba poco, y yo notaba en su mirada que se encontraba dominada por algún nefasto pensamiento.

Por entre los árboles penetraban a veces doradas ráfagas de sol, que sumergían nuestros cuerpos en purpurino hálito de artificio. Yo hablaba mucho y hacía preguntas a mi madre, que aun la ponían más triste. En esto llegamos al fin del paseo y apareció ante nosotros una pequeña llanura, lechosa y gris, cubierta de plantaciones enanas, en cuyo centro se encontraba el cementerio; una vereda entre dos hileras de cipreses era su único acceso, y en ella los árboles ejercían, al parecer, el oficio de guardianes o trabucaires de las pobres almas.

Mi madre, a la vista del panorama, crispó su mano, que apretó la mía con fuerza, y volvimos sobre nuestros pasos; yo comprendí todo; dentro de la obscuridad de mi cerebro vi clara y nítida la obsesión que mi madre sentía por la muerte. ¡Pobre mamá! Debía sufrir mucho; hacía continuos esfuerzos para no llorar. ¿Por qué causa mi madre estaba tan triste?

Llegamos a casa; mi padre había ya regresado del viaje a que le habían llevado sus negocios; nos besó y habló unos momentos con mi madre: oí las palabras «especialista», «salud»; instintivamente temblé, fui objeto de convulsiones rítmicas; sí, mi madre estaba enferma, herido su cuerpo sagrado por la traición de una enfermedad incurable.

Cenamos y yo me fuí a acostar; mi madre al taparme depositó en mi mejilla un beso tan grande, tan espiritual, que casi me quemó; quise resguardar con la mano la parte dichosa y noté algo líquido que mojaba. ¡Ah! Una lágrima de mi querida mamá. Besé la mano enternecido; hasta lloré un momento, y vi que dos ángeles muy hermosos me llevaban volando...; estaba dormido...

Guardo una idea remota y confusa de aquellos tiempos; a la vez el dolor que sumerge mi pobre corazón da a mi pluma una impulsión de cuya veracidad no respondo.

Yo iba a la escuela; rutinariamente aprendía a leer y unas nociones de los principales ramos del saber; era un distraído y siempre andaba reñido con el profesor; nunca fuí capaz de cantarle, rivalizando con un loro, dos renglones seguidos, y esto exacerbaba al pobre maestro, que tenía de la Pedagogía una idea particularísima. Era lo que se llama un muchacho travieso; pero llegó a la escuela una visita de inspección, y yo, a mi manera, con todo el desarrollo de los nueve años, razoné las preguntas del joven inspector, que, no tan retrógrado como el maestro, aprobó la esencia de mis formas ortológicas, e hizo a mi padre muchos elogios de mis cualidades.

Desde aquel día cambié radicalmente, regañé con los compañeros que me llevaban a cazar pájaros y me hice muy amigo de Félix Capilla, el muchacho más aventajado de la escuela; al poco tiempo éramos inseparables, estudiábamos mucho, hasta discutíamos a veces y sabíamos qué era Filosofía, Lógica y otras muchas cosas cuyo fondo era un enigma en aquella edad esquemática, de creación orgánica...

Nos veían siempre juntos en el pueblo, y tanta fama teníamos de aplicados que nos señalaban como modelos.

¡Cuánto recuerdo las palabras de mi madre! Al verme tan estudioso lloraba de alegría, y me decía muchas cosas. Un día me sentó a su lado; estábamos solos; después de darme un beso en la frente me dijo: «Estudia, Antonio, estudia y trabaja mucho y verás qué feliz y alegre es la vida para ti.» Mi madre se desbordaba en sentimentalismo; yo asentía con la cabeza, no la comprendía y decía que sí a todo. ¡Pobre mamá! Algunas veces apretaba el pecho y tosía; debía sufrir mucho; lo demostraban su cara estriada y su boca entreabierta; mi padre hacía unos meses se encontraba huraño y poco comunicativo; yo no entendía nada, pero notaba que mi madre padecía más que antes.

De pronto, una mañana no se levantó; nuestra casa comenzó a ser el lugar donde se juntaban todas las vecinas desocupadas; me asqueaba ya el murmullo de sus conversaciones insípidas.

Un día, comiendo sólo en compañía de mi padre, le dije muy serio:

—¿Cómo no curamos a mamá?

—No tiene remedio, hijo mío; se va a morir y no podemos salvarla.

No pudo detener un sollozo; fue como una rosa de dolor que despedía infortunios. En la habitación cercana, donde estaba la enferma, se oyó una especie de chasquido macabro; mi madre tosía, nos llamaba delirando. Acudimos...; nunca olvidaré el cuadro: se encontraba destapada, medio cuerpo fuera de la cama, como si quisiera abrazar el suelo; la cara roja y pálida a un tiempo; en su boca se había posado un destello purpurino; era un clavel formado con sangre... Me llamaba; yo corrí a sus brazos; mi padre me detuvo, no consintió que yo besara a mi madre. ¡Pobrecita! Se moría; pronto se levantó con una energía extraña, cruzó los brazos, arqueándolos sobre el pecho, su respiración era ya un continuo ronquido, su rostro hizo unas muecas que me dieron miedo. Al poco tiempo era cadáver...; ya no tenía madre, y desde aquel momento el anatema de la desgracia era lanzado sobre mí por esa fuerza invisible que llaman Fatalidad.

Y la enterraron; fuí acompañando sus restos al cementerio; vi cómo una multitud hipócrita e imbécil lloraba por mi madre...; después nada..., la soledad, el abatimiento de mi

padre que no hablaba, las miradas entre compasivas e indiferentes al huerfanito, las cartas frías y consoladoras de los amigos lejanos...

Mi madre tenía un hermano médico en un pueblo próximo; aconsejó a mi padre que me separara de aquel ambiente de tristeza, y le propuso llevarme con él una temporada. Yo me resistía, no quería dejar a mi padre, deseaba salir de paseo con él por las afueras solitarias. Además, mi tío Fabio era un hombre obeso que me daba repugnancia, no podía resistirle.

Mi padre no quiso contrariarme y quedé en Palmera, poniendo muy de tarde en tarde flores sobre la tumba fría de mi madre; yo no podía olvidarla, lloraba mucho; a veces pasaba dos horas vertiendo lágrimas; apenas lograba distraerme unos segundos volvía a mi pensamiento la desgracia, la horrible desgracia, y otra vez mis ojos se ablandaban bajo la fuerza tierna y poderosa de las lágrimas.

Mi padre envejecía prematuramente, y la preocupación constante de mi porvenir le hería con profundo ensañamiento.

Yo seguía estudiando; pronto llegué a la edad en que la perspectiva de la vida se interpone cual muralla roja entre lo sensible y lo real; yo necesitaba una carrera, un medio para luchar con las flechas del mundo y doblar sus impulsiones erizadas; mi padre lo reconocía así y no se decidía a nada; por fin escribió aun colegio de la ciudad para informarse de las condiciones, precio, trato, etc. Allí debía comenzar mis estudios oficiales, ya serios, ya encaminados a formar en mí el hombre intelectual, el hombre dispuesto a sacrificar una vida con provecho, el hombre que contribuye a la perfección... ¿Era éste el medio?

Tendría once años, e ingresé como interno en un colegio de jesuitas, donde daría comienzo el grado de bachiller; mi padre aspiraba a hacerme un abogado de renombre; esta carrera le entusiasmaba; me hablaba de los grandes triunfos del foro, del porvenir hermoso y brillante; yo, como es natural, no le entendía, pero se iba formando en mi espíritu una tendencia al trabajo, una aspiración a salir de lo ordinario, de lo vulgar...

Me carteaba muy a menudo con mi amigo Capilla, el cual me enteraba puerilmente de lo que ocurría en el pueblo, mezclando con las noticias obligadas y grotescas de los sucesos pueblerinos impresiones a flor de agua filosóficamente infantiles, planes futuros y prodigios interpretativos con relación a sendos problemas vitales; me decía, por ejemplo, que él iba también a estudiar una carrera; pero ya que la situación económica de sus padres no le permitía tenerlo en un colegio como a mí, estudiaría libre.

La separación, aunque pasajera, de mi padre también me entristecía: mis compañeros de colegio no lograban conquistar todo mi afecto íntimo, y en la soledad mística de las noches de invierno daba rienda suelta a la flacidez de mi sentimiento, y lloraba..., lloraba mucho bajo los ropajes de la cama, mis cómplices en la reminiscencia sensiblera. Me avergonzaba muchas veces de mi falta de valor para arrostrar lo que más tarde titularía: *necesidades, imposiciones, disgustos propios de una vida deslizada entre la Naturaleza como un alma perdida, incomprensible en las interminables galerías de un mundo desconocido, apocalíptico, roedor...*

Las frases y el aliento místico de los padres ponían en mi corazón ideas y contrastes, que se clavaban en las interioridades del cerebro como espinas agudísimas en la enmarañada visión de todos mis anhelos, en la helada crucifixión de mi infortunio; yo era un niño infeliz, incomprensible, abísico...

No parecía sino que mi arribada a la vida real se presentaba aureolada por el nimbo del sentimiento; entre aquellas cuatro paredes, que formaban mi especie de inhóspito claustro, las reminiscencias sensibles y patéticas se agolpaban a mi cerebro, donde, por un dédalo de galerías ignotas, se adueñaban de él, propinándole buena cantidad de mareos y voraces ensueños sofocantes. Mi imaginación tornábase dolorida, y mostraba su discrepancia con borrosos cuadros de extrañas alegorías inverosímiles.

Luego, el tratamiento y régimen severo del colegio contribuían en alto grado al desarrollo lento e hiriente del escepticismo más desolador; mi espíritu mostraba cualidades favorables a este desarrollo, y el ambiente enrarecido enviaba vertiginosamente mis fuerzas físicas hacia la abolición total.

Me encontraba retraído y como atontado en aquella mansión jesuítica, y mi odio a los libros se acentuaba más y más, hasta el punto de temer una ruptura pronta y decisiva. ¡Ah! Es que a mí la desgracia y el infortunio me habían dotado de una facultad interpretadora por la que todo lo veía cambiado; no estaba de acuerdo con los procedimientos didácticos de los profesores, discutía y tenía mi opinión propia. ¡Pobre niño! ¿Sería una monstruosidad intelectual, o simplemente un desequilibrado con algún brillo fosforescente?

Por otra parte, los temas religiosos que nos imbuían en nuestras cabecitas, incapaces de una comprensión razonada, convirtieron prontamente mi alma en un continuo y repiqueteador órgano de artificio. Pero todas estas cosas que pudieran tomarse por excentricidades o secuelas de una vagancia infantil, vistas ahora como un caso exótico de lucubración pueril, se marcharon bien pronto, demasiado pronto de mi espíritu incendiado. Pasaron las extrañas concepciones y me lancé a la batahola estudiantil, ávido de solaz, de esparcimiento, y tomé la determinación inquebrantable de no mirar un libro; un día recibí una carta de mi papá, la cual, como todas las suyas, introdujo en mi corazón sensaciones entre dolorosas y calmantes; sí, yo lo he notado; las epístolas que se reciben parecen ser un elemento formal de emociones medias, de frialdades vitalizadas o de ímpetus apagados; en la carta a que me refiero había un párrafo que decía así, textualmente: «Acojo, si no con gusto, con tranquilidad, las aficiones religiosas que, según los padres, se descubren en tus facultades; no me opongo a nada que lo guíe tu propio esfuerzo, tu trabajo o tus intenciones razonadas; para aclarar todo salgo hoy para ésa y hablaremos más extensamente...»

Quedé sumido en un mar de confusiones. ¿Qué significa esto? Que si tengo aficiones religiosas, etcétera; y renunciaba a pensar, porque mi cerebro oscuro no veía ilación a los conceptos de aquella carta. Por otro lado, me alegraba grandemente la visita de mi padre, al que pensaba rogarle me sacara de aquel colegio antihigiénico, donde no explicaban sino religión, ya que los aprobados de las demás asignaturas era un concierto con los Institutos. Entonces era para mí incomprensible esa manera de obrar; pero hoy, cuando, provisto afortunadamente de claros sentidos y fieles datos abrumadores, pienso sobre ello, veo el egoísmo que encierran esos Centros, donde con el anzuelo de la moral cautivan y se apropian de la exclusiva para la enseñanza superior, y formar inteligencias favorables a su causa hipócrita, a su actuación venal.

Mi padre llegó; hice cuanto pude por aclarar ante él el engaño; pero fuera que no encontrara razonadas mis pruebas, o que se dejara convencer por la dialéctica de los padres, el caso es que me dejó allí, desoyendo mis buenos propósitos; no estudié más; los libros merecían todos mis odios, todas mis execraciones; aquello fué una puñalada traperera a mi amor propio de buen estudiante; verdaderamente, jugaba yo entonces, sin saberlo, con una

arma peligrosa. Llegó Mayo; mis notas fueron brillantes; si soy franco, aquellos resultados me helaron, me excitaban a que definitivamente estudiara menos.

Y así transcurrió todo un curso..., y otro..., y otro; yo iba aprobando sin la menor noción de los programas; algunas veces llegaba a pensar: ¿Pero se hace de esta forma una carrera? Y mi cerebro, dormido por la inacción de la vagancia, añadía: ¡Ah, qué fácil es!

Todo al contrario, mi buen amigo Capilla hacía sus estudios libre, obteniendo merecidas notas y aficionándose instintivamente al trabajo; él, que conocía mi manera de obrar, me recriminaba fraternalmente como a un hermano menor; en mi interior resonaban constantes y avasalladoras sus palabras enérgicas, y un día, con la fuerza y los bríos que emanaron del arrepentimiento, expuse a mi padre la situación; cursaba entonces el cuarto del bachillerato. Mi padre oyó con interés mis palabras y me ofreció cambiar de método; ya tenía alguna más edad, y como un hombrecito podía disponer libremente del tiempo; confiaba en mi inteligencia, en mis instintos ávidos de conocer y estudiar mucho.

Capilla también se disponía a cursar oficial el resto del bachillerato; así que para los dos nos buscaron una casita de patrona en las afueras de la población, entre la calmada paz de los arrabales...

Comenzó el curso y con él las clases; pronto sonó en el mundillo estudiantil el nombre de Félix Capilla como un talento esclarecido, al que los profesores honraban con preferencias y ampliaciones; y entonces fué cuando los remordimientos, que el amor propio enviaba contra mí, incendiaron mi espíritu de ansias enigmáticas; seguí con bríos y voluntad la paralela de Capilla, espejo donde, al examinar las siluetas de mi figura científica, me ruborizaba de vergüenza; de la senda de mi vida cultural se habían esfumado unos años —quizá los mejores—, que no volverán más...

Un día, paseando ambos por las solitarias avenidas de un parque legendario, sostuvimos una viva polémica, cuyas saetas chocaban, indomables, contra las murallas de nuestras inexperiencias; yo reconocía a mi amigo una superioridad desde el punto de vista objetivo de la vida; esto es, una superioridad vulgar e impotente —yo la llamaba así porque no conseguía encender en mi espíritu hogueras que inflamasen mis durmientes energías de estudioso—. ¡Oh, mis romanticismos! Yo comenzaba a soñar paralelajes inverosímiles; yo era un alma herida, que chocando con un cuerpo en desarrollo no podía sufrir actividades matemáticas y comunes; de ahí provenía y de ahí nació aquella especie de odio inexplicable que profesaba a mi amigo de la infancia.

—¿Tú qué opinas de *todo esto*? —preguntaba yo a Capilla, compendiando en las palabras *todo esto* el leguleyo conocimiento que teníamos de la vida, de las acciones de la misma...

—No sé qué pensar de ti, Antonio —me respondía—; es posible que combatas mis esfuerzos por mero entretenimiento, por mero espíritu de contradicción; tú llevas grabado en la frente el clásico estilo de la polémica; y ahora viene la revelación de amigo, de un amigo que se cree con derecho a hablarte claro; voy a contestar tu pregunta, refiriéndome en ese elástico *todo esto* a tu persona, a tu psicología y a tu proceder involuto; mira: tú eres un joven de espíritu agudizado y de sensibilidad despierta; esto hace que puedas intervenir en todas las discusiones con relativa facilidad y conocimiento; pero ¡ah!, Antonio, te deja en ridículo tu ignorancia, tu brutez concedora, que es muy grande; somos jóvenes, estamos en la edad más peligrosa de la vida, y todo lo que no sea una selección espiritual a nuestras almas ingenuas caerá sobre nosotros cuan amenazadora ruindad prematura; sí, tú me

entiendes, lo leo en esas miradas turbadas que diriges a mis ojos; pues bien, el error actual que pesa sobre ti no es otro que el de tu dejadez y anorexia sabia; das tus juicios, tus opiniones, y no piensas —¡oh, desgraciado!— que carecen de valor por lo mismo que son insolventes los maestros que te las inspiran: el *tiempo* que muerde tu cuerpo arreándolo hacia adelante, y la *actualidad* siempre coqueta, ecléctica, fulgurando adaptabilismo, rémora de todo progreso y renovación. Sigue mis consejos, Antonio, estás a tiempo; ¿tú sabes lo hermosa que es esa frase de «estar a tiempo»? Sí, sí lo sabes. Estudia, escudriña tomos, desarrolla tu alma con la sabia de los volúmenes, escoge lo bueno, el alimento, y una vez digeridas todas las ideas, absorbidas las profundidades, habla, procura convencer a tu amigo, a tu contradictor, muéstrale tu alma bien esculpida y delineada por la espátula del saber, y entonces, mi querido y fraterno compañero, el aval de tan altos consejeros servirá para que tu palabra sea oída, sea respetada...; pero mientras llega ese instante sublime... confórmate con oír las palpitaciones de un corazón amigo...

¡Ah! Las bellas palabras anteriores produjeron su efecto sincrónico a medida que iban siendo dichas; con qué inefable placer y con qué fervor espiritual íbanse apoderando de mi alma librepensadora, rebelde sin fundamento, sino porque sí, porque el ambiente callejero era ése.

¡Qué alegremente lo estreché con mis brazos y le expresé el agradecimiento eterno que guardaría al primer jalón de mi vida juvenil, que me indicó un camino bello, apacible, y que me orientó valientemente en el incomprensible bosque de los desconciertos y de las tonterías!

Regresamos a casa pensativos a la vez que alegres; una fuerza interior nos proporcionaba a ambos diversas y contrarias sensaciones; mi amigo se movía satisfecho ante el icono de la acción buena, de la acción que le originara el buen proceder para conmigo, contestando así mis ironías y casi casi mis desprecios. Y yo, yo caminaba hipnotizado por la fuerza de la decepción; sí, reconocía mi idiosincrasia equivocada y mi actitud agresiva a la vez que ruín...; fui de los que con otros satirizamos al buen Félix, que me pagaba la villanía ofreciéndome sinceramente un consejo salvador, que se convirtiera en foco donde se pulieran mis luces intelectas para de él salir ya purificadas, y ofrecer e irradiar la enorme potencialidad de una opinión...

Y las sombras de los árboles del parque se inclinaban a nuestro paso, ofreciéndonos una saturación de encanto, un efluvio paradisíaco...; bajo los felices auspicios de una vida de gloria corrían nuestras ilusiones mundanas por las a veces insondables galerías del ensueño. Yo hablaba en aquel momento bajo el yugo sagrado del agradecimiento; mi alma, mi alma juvenil glosaba los encantos de estados inenarrables, de emociones apocalípticas, de visiones sublimes. Ya dejábamos atrás las frondas del parque, y, libres de aquel ambiente soñador, entrábamos en la realidad, en el mundo que vivíamos, en la grillería de la ciudad...

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»

>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS

>DOCUMENTO: Sello_003